

Mi Mundo y Yo

Por M. MIGUÉLEZ CASTRILLO

YO. No cabe duda: vivo en el mejor de los mundos posibles. Más aún, vivo en el mejor de los mundos. El optimismo torna beodo de gozo mi espíritu, me embriaga, me transmuta en coyuntural y humilde querubín al servicio de un fin trascendente y de inmateriales miras. Esta es mi vida. Para empezar, ni bebo, ni fumo, ni me drogo (cuán grande virtud), ni voy con mujeres, o sea, no fornico (con la mujer de uno se cumple, como amparan leyes de divino rango, y eso, como se sabe, no es fornicar, sino consumir un sacramento), y otras bondades que no voy a referir, en acto de contrición por mi impura y reprobable vanidad. No es que carezca de instinto, no; aunque lo canalizo como Dios manda, sin excesos y con el único objetivo de la procreación, sublime exponente del amor. Que como dicen que muy bien dice Ortega y Gasset, “La moral corrige a los instintos y el amor corrige a la moral”. ¡Qué bonito! Esto es cuanto me tienen que agradecer mis hijos. Además, en coherencia con mis creencias, practico moderadamente con las obligaciones de bautizado; vamos, sin llegar a integrista. Sin embargo debo reconocer, con un poco de vergüenza por lo que algunos pudieran pensar de mí, que antes observaba los primeros viernes de mes. Ahora, entre las prisas y la ola de ateísmo que recorre el planeta, esta tradición tan edificante se ha perdido. Pura pena.



Familiar estampa de siega.

Podría seguir, pues razones para sentirme plenamente realizado no me faltan. Mas, en una sincera obra de humildad cristiana, concluyo que mi tránsito por esta vida no es - al fin - más que uno entre tantos, sólo que viajado en paz entrañable. En otros términos, y ya que la vanidad (insisto en ello), según la doctrina que abracé, no es buena, soy tan insignificante como esa minúscula gota de agua en medio del proceloso océano. Tengo, como cualquier otro humano, muchos defectos. A veces no sólo me agujijonea la tentación de la carne, sino también (por aquello de la gula) la del pescado y el marisco (mero, rodaballo, merluza de palangre y -¡cómo no!- las almejas, para ser más exactos). Y la de desfarrapar al vecino que me cae mal (casi siempre lo persono, claro), y la de envidiar, no ya a los que tienen un yate, sino -y hasta ahí llegan mis flaquezas- a los que estrenan coche; y la de la ira... Si no fuera porque el Todopoderoso pone brida a mis pulsiones, arremetería a muerte contra quienes apoyan o directamente asesinan vidas recién concebidas (en USA, que son muy adelantados, esto ya ocurre), o contra los responsables de esas infames campañas de quita y pon. Si no quieren concebir, pues que matrimonien como es debido, en lugar de dar rienda suelta a su endemoniada lascivia. Y a ésos que quisieran verme preso de mis propias contradicciones les digo, así mismo, que estoy contra la pena de muerte y las guerras, salvo si son santas.

Ah!, y ahí está la enjundia de cuanto quiero que el Señor juzgue de mi paso por este valle de lágrimas, mitigo y hasta ahogo el fuego de mis pasiones, sobre todo lujuriosas, con el sagrado respeto a ese otro fuego (lo que los frívolos llaman las calderas de Pedro Botero) prometido para quienes lleven vida de pecado. Este temor es el freno y muro de contención de mis impulsos bajos y rastroseros. En el otro mundo pienso ser de los que se sienten a la diestra del trono, que allí también mandará el Pepé. Así pues, no paso de ser uno cualquiera entre la turba. Mismamente soy turba, miembro imperfecto de la turba que, como otro de sus constituyentes, perturba y turba -si cabe- tanto o más. Pido a la Providencia -eso sí- que, sin verse en mis anhelos ni egoísmo ni vanagloria, conserve mi espíritu límpido y preclaro, claro. Sólo para mejor y mayor honra de su nombre.

MI PUEBLO. De ser mi vida una balsa sobre aguas en calma chicha, ha su mérito particular mi pueblo amado. Y es que mi pueblo es muy bonito. Tiene calles (por respeto a la raigambre, casi casi las que siempre tuvo, tal cual), aceras (bueno, no todas las que debiera, ¿vale?) y coches, que no es poco. Tiene arbolitos muy bien dispuestos (algunos, pertinaces supervivientes de



Día de fiesta. Boda de Justo y María. 1954

una plaga bíblica en forma de vecino poseso, en verdad hilarante, si no tragicómico) y farolas enhiestas (¡vaya por Dios!), sólo curvadas e inclinadas -en señal de respeto- a las mismas puertas del cielo, que con sus luces, y sobre todo sombras, perfilan oscuros rincones para solaz de los enamorados. Todo calculado. Hasta el diseño modelo borde y la rebuznante estética del alumbrado público tiene su razón en la baratura, para unos; mientras que los maledicentes lo catalogan de ínfima calidad, lo bonito ni lo mientan y económico -a saber- pudo haber sido el equipamiento, no así el consumo, que resulta bastante oneroso, según dicen. Claro, a estos inconformistas les hubiera gustado un sistema de alumbrado estilo centenario, si no milenario, y justifican su postura con argumentos carentes de todo rigor, como el menor consumo, mantenimiento más fácil, etc. El caso es tergiversar la Historia, tal el caso de ese arco al que quieren falsificar la marca. ¡Pero qué guerreros! Por todo ello, el más insigne de los personajes de mi pueblo, a la cabeza, y sus regidores últimamente los pobres han sido y están siendo muy criticados por quienes ignoran (¡ignorantes!) la dura tarea intelectual que supone idear (¡uf!) y plasmar proyectos de tal catadura. No veis que el dinero no da para más. En fin, no reproduciré otros judaicos alegatos de esas tercas e impertinentes moscas cojoneras, contra tan y de tal calibre insigne caterva de dirigentes locales (o sea, propios de tal lugar), pero si les hablaré de sus paranoias de cemento. ¡Qué obsesión!

De un tiempo a esta parte, en mi pueblo se han realizado muchas obras que están muy bien y muy bien, casi todas -por supuesto- de cemento macizo. Una de las últimas ha sido el encementado (¡faltaría más!) de la superficie entre las Viviendas y la carretera. Todo un esparrame tan lisín, tan lisín que se nota ejecutado (perdón, quería decir elaborado) como el mismo pan, con gran sensibilidad, gusto y mimo. Apenas minimalistas

oquedades preparadas (digo yo) para la planta de minúsculos arbustos, previendo -sin duda- no ya las torpes maniobras de algún conductor de tráiler poco avezado, sino empresas más ambiciosas. Y si un día llegase el ferrocarril ¿dónde diantres aparcarían todo un mercancías? Guarden su maledicencia los de siempre, que nadie todavía ha previsto la construcción de un puerto fluvial, y menos aún de mar, que no son tontos, caray. Delante, la espadaña de la iglesia se cae en mil pedazos, pero hay que ahorrar para cemento, que es muy caro y necesario en históricos proyectos. El alumbrado, ya saben, de saldo en rastro. Pues para cemento. Cuando la espadaña pierda hasta las campanas, se la remacha con cemento y se la remata (muy propio) con una cruz, también de cemento. ¿Puede encontrársele mayor funcionalidad al cemento? Además, el cemento es eterno hasta su caducidad y el pueblo que no afirma sus raíces en cemento está condenado a ser barrido por la previsiblemente yerta posteridad. Su uso, y hasta el abuso, es de utilidad tan obvia que, en un acto de fe poco exigente, debe ser más comprendido, que no explicado. Claro, nada de esto cabe en las estrechas mentes de los detractores de tal material y el odio entre unos y otros se mastica. Bueno, pienso que son algo más belicosos los partidarios de su masivo empleo, aunque, en su enorme tolerancia, estoy casi seguro de que no llegarán a matar por cemento. Los otros, los progresistas incautos de creciente inclinación mafiosa, ya hablan de sesos a la calabresa, lo que no es sino encementarle las meninges al lúcido ingeniero de todos estos planes de desarrollo. Malvados. Dejadme en paz al Sesines, ínclito responsable de tan abundantes y gloriosas epopeyas en cemento armado, desparramadas en nuestro pueblo allá por doquier atisbes, sin más interés ni beneficio que la satisfacción del deber cumplido y el arte por el arte. Ni comisiones, ni comisiones, leñe. Mis congratulaciones a tamaño (menor) musculín pensante.

En mi pueblo no se va muchas veces la luz (no más de ocho o diez al mes), esa es la verdad, generalmente en domingo o festivo por la mañana (la sagrada misa), o cuando hace mucho frío, o mucho calor, o mucho viento, o cuando nieva; en fin, mil imponderables. ¿Qué culpa tendrán de todo ello las compañías eléctricas? Esos son asuntos divinos; de ellas es sólo la responsabilidad de garantizar tanto la luz, como los prolongados apagones, que por algo se les denomina así. Como no podría ser de otra forma, el que estas eventualidades sucedan es también carnaza y motivo para las injurias de los cretinos de siempre. Dicen que pagan la luz, que se la cortan si no la pagan y que a ellos nadie les indemniza cuando se pasan dos, tres o más horas a oscuras. Ni dicen, ni dicen. ¿Tan difícil es de entender que las compañías eléctricas tiene también sus cosas y que ellas sabrán por qué lo hacen? Algunos, que se creen mucho

porque son muy viajados, comentan que esto no ocurre por ahí afuera. ¡Hala ya, que me lo creo! No quisiera pecar de chauvinista, pero para mí que estoy en el mejor lugar del mundo (y no hace falta ser muy viajado para saber esto). Lo demás, lo de que estamos más próximos a Marruecos que no a Francia -talmente- y otras bobadas, no son sino patrañas.

MI MUNDO. En mi mundo los hay tan impregnados de fe que hasta tajan gorjas por Dios, y procrean por un tubo (hasta siete en una camada) y por Dios, e inundan de famélicos la faz de la tierra para mayor gloria de su nombre, y de paso para que el infiel adinerado (descreído y fornicalo) redima con obras de caridad sus inconfesables pecados. Y el rico, para seguir siéndolo, tala tantos árboles como indígenas se le cruzan



El autobús ya circulaba en los años 60.

en su camino selvático; a los que -eso sí- aniquila con escrupuloso respeto a los derechos humanos, devolviéndolos e integrándolos directamente a la tierra de la que provienen, bajo las ruedas de potentes y apocalípticas máquinas arrasadoras. En esto también se ha avanzado, no como hasta hace muy poco que se engañaba a los pobres indios con exquisitos bocadillos de jamón de cianuro, o, un poco más atrás en el tiempo, a golpe de crucifijo, mismamente. Es el precio de la culta modernidad. Por fumar, pueden fumarse hasta el mundo, como así están haciendo, que para eso son ricos. En otros lugares no tan remotos (concretamente en mi país), algunos siegan vidas humanas de cualquier condición por Dios, por la patria y... ¿Y por qué? Mis ideas se han secado. ¿Se me habrá contagiado lo del cerebro esponjiforme? ¿Habré comido carne de vacas locas? (De las otras, ni siquiera lo he intentado, pues témome no se dejasen). Muerte a la vida y a la razón. Mi mundo va bien.